

## XXIV

### EL INGENIO

¡Me dicen estos hombres de alrededor que tengo ingenio, y creen hacerme un gran honor y darme un gran contento estos buenos muchachos! Hay alguno que llega a decir incluso que tengo mucho ingenio, y son los que creen quererme más y estar más cerca de mí.

¡Amigos caros, os lo agradezco y me inclino ante vosotros y que Dios os lo premie! Haced y decid todo cuanto podáis hacer y decir hasta vencer vuestro natural amor propio y mi desconfiada hosquedad.

¿Pero no hay absolutamente nadie entre vosotros que se dé cuenta de lo que me ofendéis y amargáis con eso del ingenio?

¡Al demonio vuestro ingenio! ¿Qué es eso? ¿Creéis verdaderamente en conciencia que yo me puedo contentar con ser un hombre de ingenio, un chico que promete hasta la tumba, un compañero gracioso y que sabe interesar a la gente? ¿Por quién me habéis tomado, voto a Dios? ¿Es que tengo la cara insulsa y sonriente de un hombre que se contenta con lo que todos tienen y que es feliz con diez ideas en la lengua y cien francos en la cartera? ¿No os habéis dado cuenta, lechuzas de mal agüero, de que el ingenio es la mercancía más común que se encuentra en las ferias

de los hombres? ¡Y en Italia especialmente! Haced el favor de decirme, si podéis, quién no tiene ingenio en este país bendito de los dioses. Si me traéis uno, lo pago a peso de oro. El ingenio, imbéciles míos, corre por esas calles, llena las casas, inunda los libros, emana de todas las bocas, regurgita incluso de las tabernas.

— ¡Qué muchacho más ingenioso! Lástima que no haya querido hacer nada.

— Ese es un malhechor, un trapisondista, pero ¡qué ingenioso!

— Dice unas animaladas muy gordas, de acuerdo. Pero no puedes negar que tiene mucho ingenio.

Estas son la opiniones que se oyen todos los días en Italia, por todas las aceras, en todas las casas y en todas la tabernas donde se reúnen los que se llaman intelectuales.

Quien sabe hacer la baladita o la cancioncilla con una cadencia simpática y rimas pasaderas tiene ingenio. Tiene ingenio quien sabe pintar las florecillas a la acuarela que parecen de verdad; tiene ingenio quien golpea el piano con garbo ante un Beethoven de yeso; tiene ingenio quien sabe describir con sentimental elegancia los estragos de un terremoto; tienen ingenio incluso los escultores de castañas de Indias y de aficionados porveniristas que disfrutaban la inteligencia ajena haciendo humo al par con las ideas y los habanos

Yo lo pregunto otra vez: ¿Quién no tiene ingenio entre nosotros? Hasta los que no hacen nada tienen ingenio, hasta los políticos, hasta los periodistas...

Digámoslo de una vez y para siempre: quien me dice que tengo ingenio me ofende. Quien me dice que soy un hombre de ingenio, me entristece.

Reniego de vuestro ingenio y lo pongo con los periódicos en el retrete. Os hablo claro: para mí el in-

genio es aquella forma tal de inteligencia que todos pueden comprender, apreciar y amar. El ingenio es esa mezclanza sabrosa de facilidad, de rebusca, de gracia, de lugarcomunismo, confitado, de filisteísmo un tanto brillante, que gusta a las señoras, a los profesores, a los abogados, a los hombres de mundo, a las famosas personas cultas; en suma: a todos aquellos que son término medio, que están entre cielo y tierra, entre paraíso e infierno, igualmente lejos de la animalidad profunda y del genio grande.

¡Mira que cosa se me ocurre! *Ingegno*, en toscano, no significa solamente inteligencia feliz y más que mediocre, sino también ese diente o guarda o inscuatura de hierro de las llaves que sirve para abrir. Estos dos sentidos no son próximos en el Diccionario tan sólo. El ingenio es lo que abre. Con tal ingenio se entra en todas partes, se comprende casi todo y se complace a muchos. Es el pasaporte de la vida. Es la ganzúa universal de las bolsas y de los lugares donde se hace una posición. El uno tiene ingenio para hacer cosas bellas; el otro tiene ingenio para dar a entender que las cosas feas que hace son bellas. Son dos ingenios diversos, pero ambos ganan.

Allá ellos. Que ganen, que gocen, que se diviertan y diviertan a todos esos hombres de ingenio. Yo no soy uno de ellos ni de ningún modo quiero serlo.

Es inútil; por cuanto hace a mí, me gustan siempre los extremos. En punto a seres vivos, no quiero sino a los animales o vegetales perfectos, a los que hacen honradamente su trabajo, sin comprender más, sin revolotear de aquí para allá en las charlas y en las ambiciones, o al verdadero genio, al alma grande, al héroe gigante y solitario como un monte de noche.

O un campesino o Dante, ¡y fuera en medio todos los demás; fuera a puntapiés los hombres de ingenio, los hombres graciosos, los hombres hábiles y los odio-

sos intelectuales! ¿Qué sois vosotros ante un aldeano-te sucio que muele el trigo para daros de comer o ante un poeta que exprime de su alma las palabras que hacen estremecerse y pensar a mil generaciones? ¿Qué hacéis? Palabras y palabras, mistificaciones y juguetes.

Por mi parte, la elección ya está hecha. No podría, aunque quisiera, convertirme en un árbol o en un destripaterrones; pero quiero, lo quiero desesperadamente, llegar a ser un grande hombre de verdad; digamos de una vez la palabra que da miedo: ¡un genio! Y si caigo en el camino, sin ser lo que quiero y espero, aceptaré de buena gana el doloroso destino, lloraré por mi cuenta, no blasfemaré con quienes he despreciado y moriré solo, en un rincón del mundo, como el valiente lobo de Vigny.

Y no me arrepentire de nada: estoy seguro de que experimentaré tales alegrías al sentirme el alma limpia y tensa hacia algo absurdo y majestuoso, que no sentiré ni los guijarros del camino, ni las risotadas de quien cultiva su huertecillo y lo cree un mundo.

Y no lo tomes a mal, oh, valiente mí mismo, si a veces pareces estúpido e ignorante. El genio no hace gracias, no saca a bocadillos las ideícas ingeniosas, no persigue los últimos números de las revistas ni los libros que se venden. No, no.

El genio es niño y loco, y es genio porque tiene el valor de ser infantil y alocado, y no puede por menos de parecer a veces ignorante o idiota, que se maravilla de todo y habla sin sentido común.

Pero son únicamente del genio, ¡oh, mí mismo, esas horas maravillosas en las cuales parece que Dios habla por tu boca, en las cuales todo es luz, todo se abre, todo es limpio y armonioso como el agua de un hermoso río; esas horas en las cuales el alma se convierte en fuego como el fuego, aire como el aire, amor

como el amor; esas horas en las cuales, por misteriosa locura, todo es posible, todo es sacro y no sabes ya decir cuál es el mundo y cuál es tu alma!

¿No sentís qué pálido y flaco pasatiempo es vuestro ingenio ante estos momentos? Por una de esas horas, por una sola de esas horas, daría todo mi ingenio, todo vuestro ingenio, todos los ingenios de todos los bufones de toda la tierra, y después, tal vez, me parecería haberla robado.

## XXV

## "DIES IRAE"

Llamamientos desesperados en el vacío. Dirigidos a los demás, pero que me decía a mí mismo. Esfuerzos, disciplinas, remordimientos. Intenciones sublimes ahogadas después en las cuatro columnas de un artículo. Sed de pureza, olvidada luego entre los blancos brazos de una mujer. Cabalgada hacia lo subríme; envidia de los cielos; gusto de la aventura peligrosa, de *la gran tentativa* (salto del hombre hacia otra vida más allá de la vida; derrocamiento de los Júpiter; la promesa de la serpiente mantenida al cabo; redención verdadera, sin la cruz ni la sangre cayendo de las manos blancas que bendijeron); sueño taumaturgico vertiginoso, invencible, y la pequeña y pía vida cotidiana: en la pequeña estancia, en el pequeño café, en la pequeña ciudad, entre los hombres pequeñísimos.

Sin embargo, luchaba. Luchaba orgullosa, gallardamente, con todas las esperanzas en el corazón, con todas las voluntades en el cerebro. Habíame empeñado todo yo. Ser así; hacer *aquello* o desaparecer. Debatíame entre las tentaciones hacia la mediocridad necesaria; intentaba hacer a mi alrededor una soledad despiadada de espíritu si no de cuerpo; me combatía; me castigaba; me educaba en el dolor con pruebas próximas y terribles. Sentía la necesidad de recoger-

me por entero en lo íntimo, en lo más profundo de mí, en un silencio que me hiciese escucharme únicamente a mí mismo, y nada más.

Yo debía ser el primer hombre de la nueva humanidad; yo debía dar el ejemplo inicial de una vida completamente interior, completamente independiente del cuerpo, de la materia, de la animalidad. Me daba cuenta de que estaba lejos de la meta señalada por mí y de que no era aun el espíritu sin mancha ni debilidad, predestinado a acompañar a los hombres en el gran paso más allá de la vida presente. Pero no me descorazonaba por eso. El entusiasmo engendrado por el mismo absurdo de la empresa; el ardimiento que me hacía parecer miserables todos los fines mayores de los hombres; la certidumbre loca del triunfo lejano; el orgullo colosal de sentirme instrumento de una misión tan insólita y tan maravillosa en la imaginación; la necesidad absoluta de apartarme de esta realidad, de este mundo, de esta vida humana, me cegaban día por día en mi carrera hacia el más funesto despertar en la vida de un mortal. Me parecía andar sobre la tierra como un gigante invisible que posase un pie sobre la cima de un monte y el otro sobre otra cima; que saltase los mares verdes y solitarios como un charco; que tuviese la cabeza entre las estrellas del cielo y se calentase al sol como un pobre al calorillo de una fogata.

Propósitos increíbles y visiones de apocalipsis me atravesaban el alma en aquellos tiempos, y la mayor arrojaba poco a poco del nido a la más pequeña con un crescendo paroxista de manía sin freno.

Pero el pensamiento fijo era uno tan solo, siempre el mismo: hacer posible, deseable, próxima, la palin-génesis del género humano, la transfiguración del hombre-bestia, el surgimiento universal del hombre-dios. Pero era necesario, antes que nada, que también

los otros comenzasen a sentir lo que sentía yo, y que todos tuvieran, como yo, el desprecio, el asco, el rubor, el terror de nuestra vida ambigua y anfibia. Y entonces pensé en el arte.

Únicamente el arte podía hacer el milagro. Únicamente la poesía podría recrudecer la sensación tremenda de la vida como es, tan frecuentemente fragmentada por la inconsciencia del hálito; y recordar los espantos, atizar todas las tristezas, despertar la vergüenza y crear la pena de la insoportabilidad allí donde es más dulce la quietud de la adaptación. Las teorías no influyen. Las teorías no persuaden sino a los menos y cansan a los más; pero el arte vivo, la poesía sojuzgadora y avasalladora (la poesía poética con todo su color, su armonía y su irresistible eficacia) obligaría a los hombres a mirarse en el mar muerto de la existencia humana y a retirarse de allí horrorizados, súbitamente atacados del deseo de huir, de *ser de otro mundo*. A Narciso el mirarse en el cristal encuadrado de margaritas causó la muerte; para la Humanidad sería ocasión de nueva vida.

La obra de poesía no podía ser — en mí, en aquellos momentos — minuciosa, episódica, confiada. Vivía en una atmósfera de grandeza, pensando cosas grandes; también la poesía (en cuanto instrumento inicial de redención y nada más) debía de ser grande, grandísima. Grandísima, al menos en el concepto como tela, como cuadro. Un poema cósmico, un drama universal una escena infinita.

Volviendo la vista atrás, no veía más que dos libros dignos de atención en ese sentido: la *Divina Comedia* y el *Faust*. Ambas, gigantescas reseñas de la vida y de la historia; el más allá y el más acá. En Dante el mundo subterráneo y supraceléstico para juzgar el terrestre; en Goethe, el mundo del mito y de la metafísica, para juzgar el de la realidad. Dolor y Amor; lo Alto y lo Bajo; los Santos y las

Madres, y un torbellino que acompaña, entre cielo y tierra, el viaje de un pecador mortal, deseoso de salud.

Pero ni el libro del prior florentino ni el del consejero francofortés eran lo que yo quería. Las dos leyendas — de la vida eterna, de la juventud eterna — no eran motivos bastantes para poner en derredor toda la vida de todos los hombres en todos sus aspectos y momentos. Era menester algo más. Algo más grande, más grande aun. Había en el cristianismo otro mito que cuadraba mejor a mi caso: el juicio universal. Y entonces dibujé en la mente y en el papel la única tragedia consentida a mi demencia: el *Dies Irae*, el día de la ira, del espanto, del crujir de dientes, de la última condena del último y del primer hombre.

Cuando el sol fué blanco como la luna en el cielo, que parecía más vasto y más negro, y la tierra se secó como una fruta olvidada, los hombres se escondieron en las cavernas y en las catacumbas, más cerca de los muertos, y se apretujaron unos contra otros, como las ovejas al acercarse el invierno. Volvió la primavera y ya no oíó flores; el último ruiseñor murió en su nido solitario; los bueyes, cansados del trabajo milenarío, no fueron más que huesos blancos reposando en los campos desiertos, y las ciudades de piedra, de mármol y de hierro, se deshicieron poco a poco en el abandono de las tinieblas silenciosas.

Tan sólo un hombre no quiso dejar el cielo. Todos sus hermanos habían renegado de mucho tiempo atrás de la superstición palestina que tomó el nombre de Cristo, pero él solo creía aún. El último cristiano esperaba sobre una altura las señales prometidas por los libros para antes del gran final. Y he aquí que su fe vencía y el Apocalipsis de Juan se desarrollaba ante sus ojos cansados de vigilante. Los caballos negros galopaban a través de la tierra devastada; los mares lanzaban sus aguas contra el cielo y lamían las mon-

tañas; los cielos se abrían, por último, y por las heridas de la negra bóveda llovían rápidas e innumerables saetas, hasta sumergir casi los continentes que quedaban en un diluvio de fuego. Entonces, cuando las señales parecieron ciertas, el último cristiano descendió a lo subterráneos a anunciar el fin a sus hermanos. "El día temido es llegado. El libro no mentía. David y Sibila eran testimonios veraces. Había que prepararse a morir. El juicio estaba próximo; he aquí la vigilia del día de la ira".

Pero los hombre no querían morir; no querían creer en la muerte, en el fin, en el juicio. El cristiano gritaba demasiado fuerte. Nadie quería escucharle, pero sus palabras turbaban todos los corazones. Y entonces algunos se acordaron de que el Dios de aquel hombre murió crucificado, y por hacer irrisión de su fe también fué clavado sobre una cruz de madera para que callase.

Mientras el hierro le desgarraba las manos, la sangre caía en pesadas gotas, y el tórax, desnudo, se henchía agonizante anunció todavía una vez más el fin cierto, el fin inminente. Cuando la muerte le cerró la boca, todos los hombre se sintieron libres y felices, la orgía del contento se desenfrenó allí abajo y el último día fué como un infierno de malos placeres. Mas presto se abrieron bajo sus pies los abismos, las montañas se derrumbaron con un fragor de mil truenos, las bóvedas de los subterráneos se hundieron y toda la tierra no fué más que un despojo sin vida, un cementerio ilimitado sin supervivientes.

Todo calló.

Hubo unos horas (¿o siglos?) de silencio, como *antes*. El sepulcro redondo giraba en la nada con la paz de sus osarios. Todas las voces callaban: todos los problemas estaban resueltos y los muertos podían descansar por fin, porque nadie vivía a su lado, nadie los recordaba, los lloraba, los compadecía.

Mas he aquí de pronto las trompetas, las trompetas terribles de la resurrección. Las trompetas agudas, las trompetas mágicas, las trompetas imaginables, las trompetas de clamor tan fuerte, tan penetrante, tan profundo, tan imperativo, que despierta a los muertos — incluso a los muertos que duermen hace mil y diez mil años. — Las trompetas celestes, sonadas no se sabe por qué bocas potentes como la palabra más dulce de Cristo; tan enérgicas, incansables, insistentes, que hacen temblar los huesos escondidos bajo la tierra y en el fondo de los mares; que hacen que los esqueletos recobren su envoltura corporal; que devuelven la vida, la respiración, el movimiento a todo el ilimitado ejército de muertos.

He aquí el valle de Josafat, grande como el mundo, abierto de un mar a otro, cubierto, lleno, rebosante de toda esta Humanidad resurrecta, de estos hombres, de estas mujeres, de estos viejos, de estos niños de todos los países, de todos los colores, de todas las edades, de todos los tiempos, que son todos hermanos y nacieron todos bajo la misma estrella y se encuentran ahora por primera vez, y gritan, temen y *esperan*.

Los más no saben por qué están allí y preguntan y no se entienden. Hay quien flora aparte y quien se tapa la cara para no ver. Algunos se encuentran, se reconocen, se acuerdan. Comienzan los coloquios, los primeros coloquios *verdaderos* de los hombres.

Los deseos del sueño se ven cumplidos. César puede hablar con Alejandro; Dante abraza a Virgilio; Carlos V interroga a Salomón. Los soldados se reúnen con los soldados; los reyes están con los reyes; las mujeres hermosas con los amantes perdidos; los campesinos que nacieron y murieron solos en lo alto de las montañas, se acurrucan juntos y hacen la señal de la cruz.

Todos, al cabo, supieron por qué se les había desper-

tado y supieron lo que les esperaba. Los cristianos verdaderos estaban exultantes. Por fin, iban a ver a su Cristo bajar de las nubes del cielo para condenar y premiar. Ya comenzaban aquí y allá las disculpas y las plegarias, las invocaciones a la piedad, las desesperadas demandas del último perdón. Había alguno con valor aún para amenazar a los dioses ausentes. Hubo quien dijo que tal *kermesse* póstuma era el último esfuerzo del destino antes del aniquilamiento verdadero. Hubo quien propuso construir casas y nombrar un Gobierno; y vieron hombres y mujeres abrazados por el suelo para olvidar el terror de su pecaminoso abrazo.

Nadie se entendía; nadie entendía a los demás. A cada momento se alzaba una voz intentando hacerse oír; otras mil voces respondían y el tumulto hacía tan insoportable que a todos persuadía a la sevicia. Los profetas intentaban hacer negocio: había uno encaramado en una altura que predicaba sin cesar, sin que nadie le oyese.

Luego se cansaron todos. El juicio no empezaba. Y esperaron en silencio largas horas, largos días, tal vez años. Y nadie llegó. Y entonces todos a una gritaron:

— ¡Cristo! ¡¡CRISTO!! ¡¡¡CRISTO!!!

La única voz de toda la Humanidad, de todos los hombres que habían estado en la tierra para amar, para sufrir, para esperar, se elevó hasta el cielo como un desafío. Querían ser juzgados; la incertidumbre de la espera era más temible y dolorosa que un infierno.

Un pobre dijo la vida de los pobres, y pidió morir una vez más; un rey dijo la vida de los reyes; un poeta la vida de los poetas; un obrero, la vida de los obreros; una prostituta, la vida de las prostitutas; un marinero, la vida de los marineros. Los esclavos egipcios, los campesinos chinos, los guerreros de América, los legionarios de Roma, los mineros de Inglate-

ira, dijeron su vida y cada cual demandó piedad; todos pidieron morir otra vez.

¿Quién de ellos había sido feliz? ¿Quién de ellos había sido culpable? La vida no le había dado nunca a nadie lo que cada cual había pedido — y los más habíanse quedado a oscuras de todo. — Dios había hablado únicamente a los elegidos. ¿Quién los había hecho así? ¿Y qué comedia era aquella de la resurrección? Si no está preparada una vida mejor, preferible es la muerte, preferible con mucho la muerte.

Y después de las súplicas de aquellos millones de infelices, volvió sobre todos el silencio. Incluso los cristianos titubeaban. ¿Por qué no aparecía Cristo triunfante, en medio del cielo abierto, sobre su trono de fuego, circundado de los ángeles y los santos, como en las pinturas de los frailes antiguos?

Mas, por fin, sobre la muda multitud se oyó una voz que dijo: "Cristo no está en el cielo. Cristo está entre nosotros, humilde y solo. También él fué un hombre, también fué culpable, también él espera ser juzgado. Que el hombre juzgue al hombre y cada cual tenga lo que esperó. ¡Los que creyeron en el paraíso serán bienaventurados, y los que crean en la muerte tan sólo, volverán a ser ceniza y polvo!"

Y una vez más los hombres reposaron para siempre.

¡Cuántas cosas se me escapan hoy! Cuán ridículo es ahora el recuerdo mutilado de una tragedia por primera vez absolutamente trágica. ¿Qué tiene que ver el *Faust*! Mil diálogos, cien mil escenas — y toda la vida, con todos sus personajes milenarios. — La historia universal transformada en drama; la infantil tragedia, la divina comedia conducida a término y agigantadas hasta lo imposible.

Yo soñaba con representarla en un teatro grande como un desierto, con verdaderas montañas por escenario, y que las palabras sonasen tremendamente, co-

mo las de Dante; que las figuras pareciesen de Miguel Angel, y la música fuese más divina que la de Wágner. Hubiera querido el viento como respiro; el mar, por orquesta; razas enteras, por coros, y una lengua nueva, formidable, perfecta y clara, donde se reuniesen todos nuestros sonidos: del quejido de un mamoncillo al eco solemne de las cascadas. Gemidos capaces de conmover los cielos, alaridos de naciones arrodilladas, y el silencio, el verdadero, el inasequible silencio.

Todos los hombres hubieran temblado leyendo, viendo, escuchando mi obra; y hubieran reconocido en aquella última ficción toda la vida, todo el bien y todo el mal — y en la carrera sin resurrección hacia aquel último instante (el día de la ira) en que todo sería juzgado) — *por ellos mismos, bajo el cielo deshabitado.*

Y del espanto de esta representación monstruosa hubiera nacido la necesidad de una nueva vida, la vida prometida por mí.